

se verificaba respecto del pueblo bajo y de las gentes idiotas, sino que hasta las personas mas ilustradas lo dejaban todo para aprovecharse de su predicacion, sabiendo muy bien que no las habia de lisonjear ni las habia de alimentar con una vana elocuencia, sino que serian iluminadas y compungidas por él con las verdades evangélicas, esponiéndolas con suma claridad y al mismo tiempo en su verdadera luz y fuerza. Un docto padre maestro de los menores conventuales decia, hablando de él: *La palabra de Dios adquiere una nueva fuerza en boca del padre D. Alfonso: sus palabras no son palabras, sino dardos que atraviesan el corazon.* Tambien un digno personaje, respondiendo á uno de esos sabidillos del dia, que criticaba el modo de predicar de Alfonso, calificándolo de muy bajo y vulgar, lo hizo callar, diciéndole: *los otros predicadores predicán de la cabeza á la boca; pero el padre D. Alfonso de Ligorio predica del corazon á la boca:* como en efecto así lo decian todos á una voz, y un docto caballero que habia oido predicar á Alfonso en Nápoles, vuelto á su provincia, solia decir que era otro San Pablo.

Pero no es esto todo: aun habia mas en Alfonso, porque no solo penetraba y conmovia los corazones con la voz, sino lo que es aun mas admirable, bastaba para esto su ejemplo y aun solo su aspecto. Pre-

dicaba una vez en la vasta iglesia metropolitana de San Mateo, en Salerno, donde por la gran estension del local, no podia ser oido de todos; sin embargo, con solo verlo en el púlpito se compungia la gente y se convertia, llegando al extremo de quedarse en la iglesia despues del sermon llorando sus pecados. La compuncion de aquel pueblo fué tal y tan grande, y tantas y tan sinceras sus conversiones, que la casa en que habitaba Alfonso se veia constantemente llena de ministros, abogados y otras personas que iban á confesarse, y muchísimos continuaron por muchos años yendo á la casa de San Miguel de los Paganos á tomar los santos ejercicios. Lo mismo sucedió cuando predicó Alfonso en la iglesia metropolitana de Benevento, donde aunque tanto por su avanzada edad, como por la amplitud del local, no todos podian oir su voz, sino solo percibir la espresion de su semblante desde lejos, con todo, se veian rios de lágrimas y ruidosas conversiones. Una de éstas se verificó en un hombre bastante malvado y endurecido en el mal, el cual habiendo ido á confesarse con uno de los padres de la congregacion, y preguntado por éste cuál habia sido el asunto del sermon que lo habia compungido, le respondió: Anoche no pude entrar en la iglesia por la mucha gente que habia, pero me he arrepentido solo con ver al padre D. Alfonso, tan humilde

y despreciado. Otro hecho semejante sucedió en la ciudad de Melfi, donde habiendo ido á confesarse con un sacerdote de la congregacion un viagero que tenia consigo una mala compañía, le dijo el confesor: *¿Podré absolveros si no dejais la compañía y no rompéis el compromiso?* A estas palabras respondió luego el penitente: *Ahora mismo la he dejado y me voy. ¿Y cómo podré volver á pecar habiendo visto a aquel siervo de Dios (esto es, Alfonso) que llora y se maltrata por mis pecados?* Y al mismo tiempo le enseñó un pequeño envoltorio que habia hecho para partir.

Si Alfonso tenia un don particular de Dios para mover los ánimos y convertirlos al bien con su predicacion, no lo tenia menos al escuchar las confesiones: ademas de los dones mencionados en otra parte, no hacia ninguna distincion en las personas, sino que acogia y los abrazaba á todos con la misma dulzura, con la misma caridad, y mucho mas si eran miserables y envejecidos en el pecado. *Estos son justamente,* decia él, *aquella única oveja descarriada que fué á buscar Jesucristo, dejando las otras noventa y nueve, para cargarla sobre sus hombros y volverla al redil.* El amor que tenia á esta clase de gentes era tal, que solia decir á sus compañeros: Si la vista de algun gran pez os espanta como al jóven Tobías, viéndolo escamoso y encrestado, enviádmelo á mí, que de la

huel de sus pecados haré un sacrificio á Jesucristo. Cuando alguno de éstos llegaba á sus piés, se veia á Alfonso todo enternecido compadecer su estado, y con el corazon en los labios amonestarle, instruirlo y hacerle conocer su gran mal para compungirlo y reducirlo á penitencia. No tenia que trabajar mucho y despulmonarse para hacer que venciesen toda vergüenza y vomitasen cualquier delito, por enorme que fuese, como regularmente sucede á los otros confesores, sin poder conseguir bien á menudo su intento, sino que sabia inspirarles tales y tan eficaces mociones, que confesaban ingenuamente sus culpas y se veian tambien repentinamente contritos y mudados. Un caballero napolitano fué á hacer su confesion general con Alfonso, y concluida, le dijo lleno de serenidad que ya no le ocurría mas: entonces Alfonso, echándole una mirada amorosa, no hizo mas que decirle: *Hijo mio, ¿querias hacer mas de lo que has hecho? ¿querias ofender á Jesucristo mas de lo que lo has ofendido?* Pero le dijo estas breves palabras de un modo tan tierno, que lo compungieron y lo hicieron prorumpir en un copiosísimo llanto, quedando convertido tan deveras, que concibió un grande horror al pecado, y despues continuó siempre una vida cristiana. Era un don singularísimo de Alfonso que con pocas palabras y breves sentimientos movia y compun-

gia de tal manera, que nadie se levantaba de sus piés sino conrito, humillado y firmemente resuelto á perseverar en los santos propósitos. En Nápoles se veían muchos viejos de gran perfección, que desde jóvenes habian sido ganados á Dios por Alfonso.

De lo dicho hasta aquí puede comprenderse fácilmente cuál y cuánto era el bien espiritual que por donde quiera resultaba á las almas con las fatigas apostólicas de Alfonso. Si era grande cuando en los primeros años de su sacerdocio comenzó á ejercitarse en este ministerio, fué mayor con mucho, después de que fundada su congregacion se dedicó enteramente á él, y tanto mas, quanto que el mismo Dios lo acompañaba con el don de profecía, del discernimiento de corazones y con el de los prodigios. Por todas partes se veían apaciguadas las discordias y pacificadas las familias, extirpadas las blasfemias, abolidas las usuras, quitados los escándalos, abandonados los juegos y destruidos todos los desórdenes. Arrancando así el mal, establecia al mismo tiempo el bien, procurando introducir el uso de visitar al Santísimo Sacramento todas las tardes, rezar el santo rosario, frecuentar los sacramentos, tener mayor devocion á la Santísima Virgen, meditar en comun todos los dias en la iglesia sobre los novísimos, ó sobre la pasion de Jesu-cristo, ó cualquiera otra santa máxima, así como otras

prácticas devotas dirigidas á mantener y aumentar el fervor engendrado en las misiones y los propósitos hechos.

Y con el fin de que todo esto quedase fundado de una manera estable y no fuese como el humo de paja que pronto se desvanece y acaba, no solo no iba á las misiones sin el personal proporcionado á la poblacion del lugar, conduciendo algunas veces quince, veinte y aun mas misioneros, sino que ademas prolongaba las misiones á quince, veinte y hasta treinta dias, para que los pueblos, mejor instruidos en las máximas del evangelio, pudiesen mas fácilmente abandonar el vicio y abrazar la virtud. Mas no bastándole esto todavía, se valia de establecer en cada lugar varias juntas ó congregaciones piadosas, segun los varios órdenes y estados de las personas, como una para el clero, otra para los caballeros, otra para las jóvenes, y muchas veces otra para los artesanos y personas de baja condicion, porque conocia las grandes ventajas que resultaban de ellas estando bien ordenadas y establecidas. *Sé bien*, decia Alfonso, *que los novadores modernos murmuran contra estas fructuosas misiones que nosotros llamamos congregaciones; mas deberian confesar á su despecho, que es santo y provechoso todo quanto en ellas se practica.* En esta virtud tomaba todas las medidas necesarias á fin de que los pueblos á

quienes habia predicado, mantuviesen las buenas costumbres y conservasen la santa perseverancia.

Alfonso no perdía de vista el bien de las almas, aun cuando no se hallaba en mision, porque no solo confesaba y predicaba continuamente, sino que con sus conversaciones familiares siempre llenas de dulzura y de maneras insinuantes confortaba é ilustraba á todos los que acudían á él en sus dudas ó en sus congojas de espíritu; confirmaba á los vacilantes en la virtud ó en la vida cristiana, y encendía en todos el santo amor de Dios. Aun hay mas: él movía los corazones con solo su culto. Dando Alfonso en cierta ocasion los ejercicios espirituales á las religiosas de Santa Clara en la ciudad de Nocera de los Paganos, sucedió que estando un dia antes del sermón, cantando arrodillado una cancioncita espiritual, se conmovió tanto al oírlo un soldado español que estaba en el fondo de la iglesia, que quitándose de repente el cinturón de cuero de que pendía su espada, comenzó á azotarse con él con tal denuedo, que causó espanto á las mismas religiosas, y continuó después por siempre una vida enteramente cristiana.

Finalmente, el poco tiempo que podía quedarle libre después de tantas y tan variadas ocupaciones, lo empleaba en procurar el bien espiritual del prójimo, componiendo obras deatinadas á instruir, convencer

y mover á la piedad á toda clase de personas. No nos detendremos en hacer aquí un minucioso catálogo de ellas, tanto porque ya hemos mencionado algunas, y citaremos después otras, como porque están tan conocidas y divulgadas, con tan repetidas ediciones, y aun muchas traducidas en diversas lenguas, que no necesitan ser ahora indicadas. Tampoco emprendemos hacer un elogio particular de ellas, siendo tan notorio cual es la estimación y el aplauso con que han sido recibidas, así como el bien que han producido no solo en Italia sino aun mas allá de los montes. Monseñor Gutthlar, obispo de Tiene, dijo un dia á Alfonso, que era tanto lo que se apreciaban en Alemania algunas de sus obras traducidas al alemán, que hasta los libreros protestantes hacían un gran tráfico con ellas por el gran espendio que tenían. Mas no podemos menos de decir que si en todas sus obras se nota una doctrina no común, una grande erudición, una solícitud incansable y un celo ardiente por la verdad de la fé, y por la instrucción y bien agenos, en las ascéticas y espirituales se descubre además una cierta unción y tal efusión de corazón, que los devotos afectos y sentimientos del autor, se comunican fácilmente al que las lee y lo dejan penetrado y conmovido. De aquí es que si Alfonso no podía ejercitar su ministerio apostólico en persona y con la

voz por todo el mundo como deseaba, y como lo habría hecho si le hubiera sido posible, puede decirse muy bien, que lo ejerció desde su aposento y por medio de sus obras, con las que procuró cooperar al bien espiritual de todos.

### CAPITULO XI.

Mision de San Alfonso en Amalfi y en algunos otros lugares.

Hemos dicho que no queremos mencionar todos los lugares en que Alfonso ejerció su ministerio apostólico, ni hacer una minuciosa relacion de las circunstancias que lo acompañaron por todas partes. Sin embargo, creemos no poder escusarnos de hacer aquí una especial mencion de algunos de dichos lugares, respecto á que en ella la predicacion de Alfonso fué acompañada de efectos mas singulares y de cosas verdaderamente admirables y prodigiosas.

El año de 1756 fué de mision á la ciudad de Amalfi, perteneciente al principado de *Citra*, donde hacia mucho tiempo que tres familias diversas ardian en un gran fuego de discordia y enemistad.

Muchos personajes de los mas notables se habian

interpuesto ya, y habian empleado toda clase de medios y de ardides, para apaciguarlo y extinguirlo, pero siempre en vano; antes parecia que iba creciendo cada vez mas con mucho daño de las familias y con grave escándalo de toda la ciudad. Llegado allí Alfonso, comenzó con su acostumbrado fervor á declamar contra la vanidad del siglo, contra los vicios y contra los escándalos públicos, y el primer fruto que obtuvo fué justamente que aquellas tres familias deponiendo toda envidia y rencor, y olvidando completamente lo pasado, se reconciliaron tan de veras, que despues permanecieron siempre unidas con los vínculos de la mas sincera y constante amistad.

Habia tambien en la misma ciudad, en los barrios de S. Simon y de Vagliendola algunas malas mujeres, que endurecidas en el mal servian de lazo y de escollo á muchas almas. El celo de Alfonso las tomó á su cargo, y con sus patéticos y fuertes racionios escitó en sus corazones un tan vivo dolor y arrepentimiento de sus culpas, que horrorizadas de sí mismas y de sus pasadas maldades, abrazaron por medio de Alfonso un tenor de vida tan austero y penitente, que causaron admiracion á todos, y perseveraron en él hasta la muerte. Este hecho no solo produjo una edificacion pública á toda la ciudad, sino que con razon hizo decir á un párroco de ella: *Aun.*